

Carlos Montemayor:

La música y la política*

Vladimiro Rivas Iturralde

A CARLOS LE GUSTABA CANTAR. Con frecuencia interrumpía –o clausuraba– las reuniones, tanto de amigos como académicas, con su canto. Lo recuerdo acompañándose con la guitarra. Sé que después lo hizo también con el piano, pero ya no lo escuché. Una vez dio una conferencia magistral en esta unidad –Azcapotzalco de la UAM– acerca de los proyectos políticos que se han disputado en México desde la Independencia hasta nuestros días: la pugna sucesiva, con diversos nombres, entre conservadores y progresistas. Al final del diálogo con el público, con el tema casi agotado y las ideas ya en desmayo, se dirigió a mí para pedirme le acompañara en el dueto de Rodolfo y Marcello en el último acto de *La Bohème* de Puccini. Me disculpé de hacerlo porque no me sabía de memoria esa parte y necesitaba la partitura. Llegué a escucharlo en grabaciones comerciales de canciones italianas y de María Grever, acompañado siempre al piano por Antonio Bravo, y justo es decir que, aunque había tomado clases con el barítono Roberto Bañuelas, su canto fue siempre el de un diletante, con afinación poco ortodoxa. No supe que asistiera a alguna ópera. De ahí infero que, más que la ópera como espectáculo integral, amaba el canto en sí mismo. Sin embargo, hizo una aportación a la música mexicana: el libreto de la ópera en un acto del compositor mexicano Daniel Catán, *Encuentro en el ocaso*, estrenada el 2 de agosto de 1980 en el Teatro de la Ciudad y repuesta el 3 de mayo de 1982 en el Templo de la Compañía de Guanajuato en el marco del X Festival Internacional Cervantino. Ésta, la primera ópera de

* Homenaje en la UAM-Azcapotzalco, 22 de marzo de 2010.



las cinco que ha compuesto Catán, obtuvo el segundo lugar en el concurso de Composición Operística José Morales Estévez. De cualquier manera, una de las cosas que más lamento en mi vida es haberme distanciado de Carlos en los últimos años. Habríamos compartido el canto, habríamos discutido acerca de nuestros cantantes y óperas favoritos, mucho habríamos reído con los chistes y anécdotas que nos gustaba contar, habríamos continuado nuestro interrumpido diálogo acerca de Virgilio, cuya *Eneida*, tanto él como yo considerábamos el libro de los libros. Más de una vez habría recibido de él una de esas miradas agudas, traviesas, irónicas y ese hablar pausado, reflexivo, persuasivo, que tanto lo caracterizaban. Pero consideré, quizá sin fundamento, que sólo lo iba a distraer de asuntos más importantes que los que yo le podía proponer.

Hubo un tiempo en que viví sorprendido por el cambio súbito experimentado por el Carlos Montemayor humanista clásico, latinista, hacia el defensor y promotor de las lenguas indígenas y, más lejos todavía, hacia el cuestionador del Estado en su acción sobre los grupos más vulnerables de México. Luego comprendí que no había sido ni cambio ni súbito, ni había nada de paternalismo en su interés por las minorías étnico-lingüísticas, que tampoco son tan minorías. Había una línea de pensamiento rigurosa en todo ello. Todo ello formaba parte de una reflexión profunda acerca del Estado mexicano, que no estoy seguro si llegó a culminar. Su viejo amor por la *Eneida* no era casual. El poema virgiliano es el gran poema acerca del Estado, comprometido con el Estado desde su nacimiento, el poema acerca de la fundación de la ciudad de ciudades, Roma. Así como los pájaros, o los insectos o el viento trasladan la semilla de una planta para hacerla fructificar en otro lugar, así Eneas parte con sus lares y penates de la destruida Troya con la misión divina de depositarlos en otro lugar, en el asiento del nuevo Estado, Roma, y fundar una civilización. Igual que yo, Carlos amaba y admiraba esta idea grandiosa puesta en versos de una nobleza y perfección sin iguales. Sólo que él se iba con la versión rítmica de Rubén Bonifaz Nuño y yo, con la traducción en endecasílabos perfectos de Aurelio Espinosa Pólit. Al mismo tiempo, mediante sus clases en la UAM, se avivó su interés por Maquiavelo y otros clásicos de la ciencia política. Más tarde –y entonces le perdí el contacto directo– apareció su interés

Periódico *La Jornada*, Michoacán, Iván Sánchez

Archivo de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ), Chihuahua

–reflejado en trabajo– por las lenguas indígenas de México y, sobre todo, por las víctimas de la violencia del Estado. Había llegado a la conclusión, con una claridad y convicción ejemplares (tesis de su excelente novela política *Guerra en el paraíso*) de que la violencia no residía en los grupos que se levantaban contra el Estado mexicano, sino en el Estado mismo que, en su empeño por sofocar los movimientos sociales, ha acabado por provocar el surgimiento de movimientos armados. Además de estos levantamientos, tres han sido las válvulas de escape de los ciudadanos a la violencia institucional: la migración, el narcotráfico y la economía informal. De este grave deterioro del Estado mexicano dan fe sus libros políticos y las decenas de artículos periodísticos, que deberían ser reunidos y publicados en un libro. Su punto de referencia fue siempre Virgilio. Desde esa alta torre, desde esa dignidad, Carlos supo ver, como muy pocos intelectuales en este país, la descomposición del Estado mexicano, la ceguera de la clase gobernante, la insensibilidad, la falta de música de sus almas. Por eso terminaré mi intervención recordando un elogio a la música que me gustaba citarle a Carlos. Shakespeare, en el acto v de *El mercader de Venecia* lo pone en boca de uno de sus personajes:

*The man that hath no music in himself,
Nor is not moved with concord of sweet sounds,
Is fit for treasons, stratagems, and spoils;
The motions of his spirit are dull as night,
And his affections dark as Erebus.
Let not such man be trusted. – Mark the music.*

El hombre que no tiene música en sí
ni se emociona con la armonía de los dulces sonidos
es apto para las traiciones, estratagemas y maldades;
los movimientos de su alma son sordos como la noche,
y sus sentimientos, tenebrosos como el Erebo.
No os fiéis jamás de un hombre así. Escuchad la música.

Y Carlos supo escuchar la música de su alma de poeta y la de México. Por eso lo extrañaremos siempre. 